

Hillary o Condi “for president”!

Entrevista a Maureen Dowd.
Premio Pulitzer por su cobertura de la Casa Blanca

Tengo 50 años. Nací en Washington. Mi padre era policía en el Capitolio y tuve tres hermanos en una familia irlandesa: Sé lo que es ser macho. Soy soltera y feliz, pero cuando me meto con un presidente en The New York Times me gustaría tener a alguien a mi lado. Creo en una democracia de contrapoderes, donde nadie tenga demasiado.

Yo empecé de taquígrafa en The Washington Star. Recuerdo que si el periodista que mandaba la crónica por teléfono era guapo yo decía: “Un momento...” y me daba un toque de carmín.

-¡Pero si el tipo no podía verla!
Ustedes los chicos de redacción no entenderán nunca nada: no lo hacía por él, lo hacía para sentirme mejor yo al hablar con él.

-Ahora supongo que son los becarios los que se retocan el flequillo para hablarle...
Ojalá: la tensión sexual es inseparable del buen periodismo. La historia de Washington es una retahíla de escándalos sexuales, de Monroe a Gary Hart o a Monica, mezclados ocasionalmente con algo de política.

-Y usted ganó el Pulitzer por explicarlos
Me lo dieron por demostrar que el affaire Lewinsky no debía paralizar el país sino, como mucho, el matrimonio Clinton.

- ¿Cómo llegó usted a la Casa Blanca?
Estuve en Time diez años; después entreé en la sección local de The New York Times y luego me enviaron a Washington donde acabé cubriendo la Casa Blanca con Clinton. Y conseguí tener mi propia columna en 1995.

- ¡Por fin!
Demasiado tarde, amiguito, hoy los opinadotes ya no tenemos el monopolio de la opinión pública: los grandes pasteles los descubren los bloggers. Hay cientos de bloggers opinando a diario y no sólo en internet, muchos dan el salto de la red a los medios. Con tanto blog, es muy difícil ser original.

- No creo que compitan con usted
Pues sí. Recuerde que el escándalo Lewinsky comenzó en un blog, lo mismo que el que costó el prestigio a Dan Rather. Los políticos cortejan a los mejores bloggers porque les consiguen donaciones, voluntarios y buena imagen para las campañas.

- No se me queje, Maureen
¡No me quejo! Es una situación muy sana: los blogs me obligan a mejorar cada día.

- Y veo que se sigue maquillando a fondo
Las europeas se maquillan muy poco. Las norteamericanas somos excesivas:
nos siliconamos, botoxreamos, paxileamos...

- ¿Paxileamos?

El paxil es un antidepresivo que contrarresta la timidez: muchas lo toman
para su primera cita con alguien que les gusta.

- Usted no lo necesita, Maureen.

A veces necesito un tranquilizante cuando algún político contesta a mis
críticas en la columna con alusiones personales. A mis colegas columnistas
varones les discuten sus argumentos políticos, pero a mí me critican mi vida
privada, y eso me pone de los nervios.

- Usted es paradigma de mujer liberada.

Y a veces me pregunto: ¿para qué? Las mujeres creíamos que la vida sería
mucho más interesante para nosotras que para nuestras madres, que se
quedaron en casa planchando pantalones. Soñábamos que un día seríamos
igual que los tíos y sería perfecto.

- Está usted muy quejita.

Recapitulo: queríamos tener carreras maravillosas y poderosas como ellos, con
su libertad y hasta la misma cantidad de orgasmos, por pequeños que fueran,
pero...

- Ser chico también tiene inconvenientes.

Algunas los descubrieron tarde. No contábamos con el estrés que genera esto
de influir y la tensión y el precio que hay que pagar.

- Insisto en que usted no se puede quejar.

Cuando le echas un pulso a un presidente desde tu columna, llegas a casa y te
gustaría que alguien te pusiera un martín frío con una oliva como a ti te
gusta y simplemente te escuchara: alguien que no tuviera celos de ti y que no
se sintiera ninguneado por ser hombre y no tener una columna en el Times.

- También habrá alguno... Supongo.

En fin, que a veces no es realista pensar que puedes ser neurocirujano y
además no olvidarte de llamar a tiempo al payaso para la fiesta de cumpleaños
de tu segundo hijo.

- Mujeres habrá que puedan con todo.

Y otras que están dando pasos atrás y otras que están en medio. A ratos son
feministas y en otros les encanta ser objetos sexuales y que los tipos paguen
la cena.

- Eso sí que estresa: sobre todo al que paga.

Las mujeres norteamericanas de mi generación primero jugamos con la Barbie,
después la demonizamos y ahora queremos ser como ella: ¿has oído hablar de
la doctora Wexler?

- ¿?

Tiene una nevera en Maniatan con grasa de todos los famosos. Se la quita de las caderas, de los muslos, de la barriguita y la guarda, siempre a ocho grados, para inyectársela en las arrugas a medida que vayan apareciendo.

- Qué horror si confunde las etiquetas!

Nada cambia en el fondo. En los setenta creíamos que para una mujer el Playboy era como el Mein Kampf para un judío. Hoy las revistas femeninas como sus horóscopos del amor y otras horteradas que nos encantan siguen siendo las más vendidas en los campus de las mejores universidades.

- ¿Ve a Hillary de presidenta?

¡Hillary o Condi for president! Condoleezza Rice o la Clinton. Esta es mi apuesta.

- ¿Bromea?

Me temo que sí. La guerra de Irak y el terrorismo refuerzan al macho en las posiciones de poder. Si una mujer aspira a ellas, debe ser aún más macho que ellos. Por eso Hillary apoyó la invasión de Irak y se colocó en el comité de Defensa. Pero eso no basta.

- ¿Y será candidata?

Los demócratas necesitan desesperadamente ganar otra vez. No se arriesgarán con Hillary, que está muy mal vista en el sur.

- ¿No le hubiera gustado ser política?

Observaré con Shakespeare cómo todos persiguen el poder para abusar de él. Excepto unos pocos y pocas que preferimos contarlos.

Lluís Amigué

La Vanguardia. 29 junio 2006